

MOISÉS VINCENZI

HOMBRES DE AMÉRICA

——
OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

* *
*

Panamá, 1936

Dedico esta obra al ilustre escritor costarricense don Otilio Ulate, a quien debo la singular gentileza de haberme presentado al Doctor don Octavio Méndez Pereira.

Moisés Vincenzi.

PRÓLOGO

Los intelectuales de América componemos un conjunto discontinuo en tendencias, en preparación, en disciplina: constituimos algo así como un ejército sin generales, sin categorías disciplinarias de ninguna especie. Ni siquiera aprovechamos los inventos actuales para conocernos, al través de las infinitas fronteras espirituales que nos encierran. Hacen falta a efecto de alcanzar el orden que se requiere, los críticos en todos los ramos del conocimiento.

Ellos podrían descubrir, no sólo la trascendencia de los problemas que hemos de afrontar, en los campos del espíritu, alguna vez, sino también a los hombres capaces de enfilarse, en lo porvenir, en las campañas de la filosofía y del arte. Por ello, la tentativa de ir presentando frente a los ojos adormilados de América, a los más grandes espíritus de nuestras naciones, ha de merecer, pues, no sólo benevolencia; pero también la simpatía de quienes esperan unir a estos pueblos, al menos por las imágenes espirituales de sus hombres representativos.

Empezamos nuestra labor en Panamá, acercándonos, con el alma llena de fervor admirativo, a una de sus figuras intelectuales más destacadas por su vida y por su obra: a OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA.



OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Octavio Méndez Pereira

Dice, en admirable síntesis, uno de los críticos del Doctor Méndez Pereira: «Su pluma experta se ha dejado sentir en todos los campos: política, administración, sociología, diplomacia, educación, historia y literatura». Es, por tanto, un hombre de la época, en el sentido entero de las palabras. El mundo moderno está, más que cualquier otro de todos los tiempos, pleno de hondas sollicitaciones. El aumento de la velocidad; el perfeccionamiento de las máquinas; y el infinito número de obras que se hacen, de conferencias que se escuchan, todo exige en el hombre actual la percepción y la actividad complejísima de los representativos del Renacimiento italiano. Del mismo modo que Leonardo pintaba, escribía y recorría, en suma, todos los espacios del espíritu sin cansarse, el hombre actual está más obligado que otro alguno a buscarlo todo, a emprenderlo todo, a consumarlo todo. Y es, precisamente esta exigencia, la que justifica, en forma inaplazable, nuestra afirmación de que el Doctor Méndez Pereira es un tipo humano hecho al estilo moderno. No se ha conformado con reflejar la imagen externa, como lo hacen otros, maravillados y aplastados por su complejidad: «ha abierto zanjas profundas entre él y los hombres comunes». Sólo así se justifica el hecho de que se le presente, en actitud de irreprochable ejemplaridad, a los ojos de América.

Su capacidad expresiva

No ha envejecido, a pesar de su antigüedad, el precepto que dice: «Estilo oscuro en pensamiento oscuro». La regla es definitiva. ¿Puede existir artista alguno de la belleza verbal, que desconozca la gracia de la flexibilidad; la economía de la precisión; el gusto de la forma clara y sin máculas; y el deliquio de tantas y tan singulares gracias reunidas del estilo literario? ¿Se imagina el lector un espíritu hondo y sutil y, no obstante, incapaz de expresar con belleza, con galanura, con limpidez, las ideas que piensa y los escorzos sentimentales que crea?

Precisamente una prueba clara del talento del doctor Méndez Pereira, está en su propio estilo, múltiple, nítido, preciso, armonioso sin rebuscamientos silábicos; fino sin exotismos morbosos; suave, sin halagos a la feminidad del oído; rítmico, sin incursiones al verso; gracioso, a la manera francesa, sin descender a la chocarrería. Y a más de estos magníficos atributos, su forma verbal es densa y nutrida, fuera de toda pedantería académica. Escojamos, a fin de probarlo, algunos párrafos, buscados al azar, de su estupenda novela histórica dedicada a la vida del inmortal Balboa:

«Iban llegando los pobres indios uno tras de otro en larga fila, silenciosos, abrumados bajo el peso de la carga y sin proferir una queja. Sentados sobre

sus propias corvas, así esperaban inmóviles,—el alma cerrada,—nuevas instrucciones del Jefe para la marcha o el descanso. Todos ellos consideraban a Balboa como un sér superior. Lo veían siempre el primero abriendo paso con el hacha o la espada, el primero cuando había que atravesar un torrente o un abismo sobre el tronco de un árbol, o echándose a nado; el primero cuando había que curar a un herido o infundirle ánimos a un desalentado. Para él no había diferencia de razas. Para él no había tampoco peligros, fatigas, ni hambres, ni enfermedades, ni desfallecimientos. Los espejismos del Mar del Sur lo atraían, sin duda, como el ojo fijo de una inmensa serpiente enroscada en un abismo. Su brazo—como lo reconoce Quintana—era el más firme, su lanza la más fuerte, su flecha la más certera, hasta su lebrél de batalla era el más inteligente y el de mayor poder. Iguales a las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, de una penetración suma y de una tenacidad y constancia incontrastables... todos se daban el parabién de la superioridad que en él reconocían».

«Ordenó ahora Balboa hacer un alto y acampar en este montículo desnudo de malezas. Por primera vez iban a pasar una noche talvez sin los peligros de la selva espesa. Por precaución, sin embargo, se encendieron las hogueras contra las fieras y zancudos y se montó la guardia acostumbrada, mientras se preparaba la comida y se acostaban a dormir.

«Apenas llegados habían cazado los indios, con ayuda de los perros, un venado de gran cornamenta,

varios osos hormigueros, iguanas y conejos muletos, que ahora se aprestaban para asar casi con todas las entrañas.

«Era preciosa para los españoles esta conmovedora devoción y eficaz ayuda de los nativos, conocedores de todos los secretos de la selva. Eran ellos los que sacaban fuego frotando dos leños especiales de fácil combustión o sacando chispas de un pedernal que siempre llevaban consigo; eran ellos los que cuando se abrasaban de sed los cristianos y no era posible dar con un riachuelo o una fuente, sabían sacar agua fresca del árbol de la leche o de una caña que crece alrededor de los troncos de algunos árboles, o sabían treparse en las palmas para bajar el coco providencial, lleno de líquido sabroso y alimento nutritivo; eran ellos los que en medio de las tinieblas se colocaban animosos en la avanzada con un trozo de leño fosforescente en la espalda, que brillaba como faro misterioso en el laberinto de los bosques; eran ellos los que golpeando el tronco sonoro de ciertos árboles se comunicaban con otros indios de la selva como por telégrafo inalámbrico; eran ellos, en fin, los que conocían las cortezas o las hojas de las plantas que estancan la sangre, o calman la sed y el hambre, o curan las fiebres y alivian los dolores de estómago; las yerbas que evitan la infección o la gangrena, refrescan las heridas, sirven de antídoto contra las picadas o mordidas venenosas.

«¡Cómo no había de tratarlos Balboa con cariño, cómo no había de oponerse, siempre que ello fuera posible, a usar de la fuerza contra ellos!

«Infatigables andarines, sin comer, sin beber, con sólo un puñado de hojas de maíz en la *chuspa*, cuando descansaban de las jornadas o los combates se convertían en unos contemplativos no igualados. Almas de abismo, en sus vidas aquietadas, fijos los sentidos en la madre naturaleza, todo servía para llenarlos de misterio, para temerlos en lo huracán de sus espíritus medrosos. La fuerza y la dirección del viento, el retumbo del trueno que dilata su eco quejumbroso en las serranías, el golpe luminoso del rayo, la luna que se envuelve en sombras a mitad de su marcha, el ojo fijo de la lechuza, todo tenía para ellos un significado oculto y llenaba sus almas de temores o presentimientos. Lo sufrían todo mansos, resignados—hambre, sed, fatiga, palos, hasta la muerte—y nadie los oía quejarse si no era ritmando su esfuerzo con un canto monótono o por medio de sus flautas de cañas o de huesos, que decían sus cuitas a los muertos, a los antepasados soñadores y sufridos como ellos. Para éstos eran sus lágrimas ocultas, para éstos todas sus penas y sacrificios, para ellos su amor permanente concretado en el culto de las momias y las tumbas. ¡La muerte! Ella, ella sólo podía librarlos de la esclavitud y podía darles la dicha y el descanso que ahora buscaban inútilmente».

Pero donde madura todo el esplendor, sobriedad y magnificencia de su forma, es en estas páginas escritas objetiva y espiritualmente en mármol por el estro admirable de este escritor:

«La idea de encontrar o de crear artificialmente una vía que, abriendo por su centro el Continente americano, acortase el paso a las Indias Orientales,

surgió desde el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón».

«Ya en 1529 Alvaro de Saavedra, cumpliendo órdenes concretas de Carlos V, levantaba los primeros planos de un canal por Panamá, mientras Pedrarias y Antonelli hacían lo propio para otro por Nicaragua, y el Adelantado Andagoya formulaba un presupuesto de la obra y tomaba las medidas del río Chagres, que habían de utilizar, siglos después, franceses y norteamericanos. Andagoya, sin embargo, era contrario a la empresa, pues según él no existía en Europa Monarca con poder y tesoros suficientes para realizarla. A lo cual replicaba más tarde el historiador Gomara, dirigiéndose valientemente al Emperador: «Dadme quien lo quiera hacer, que hacer se puede; y no falte ánimo, que no faltará dinero... Para la riqueza de la India y para un Rey de Castilla, poco es lo imposible».

«Antes, en 1524, Hernán Cortés había escrito a Carlos V que la unión del Atlántico con el Mar del Sur, valía más que la conquista de Méjico, por él realizada. Y el audaz portugués Antonio Galvao le aseguraba, cuatro años más tarde, que era posible abrir un canal por los istmos de México, Nicaragua, Panamá o el Darién Meridional»...

«Y no fueron vanas palabras las de los peninsulares, pues Fernando el católico mandó a Balboa construir, y se construyó a costa de grandes sacrificios, un camino carretero al través del Istmo, que fue la base del florecimiento de la vieja Panamá y de las exploraciones que vinieron después».

«Pero fueron, sin duda, los ingenieros flamencos

que envió Felipe II, los primeros que, basados en un estudio serio, juzgaron practicable un canal por el Istmo del Darién; mas este Monarca desechó luego el grandioso proyecto por razones de política internacional, coonestadas con la frase bíblica: «El hombre no separará lo que Dios unió»...

«Durante los siglos XVI, XVII y XVIII se repitieron las recomendaciones que aventureros y exploradores presentaban a sus respectivos Gobiernos. Guillermo Patterson, colonizador escocés del Darién, muy interesado en la obra, indicaba a Inglaterra en 1694 que el canal «aseguraría las llaves del Universo, capacitando a sus poseedores para dar leyes a ambos mares y para ser árbitros del comercio mundial».

«Y otra vez, en los albores mismos de la independencia sudamericana, volvióse a pensar en la obra; y Bolívar, sublime visionario, comisionó al ingeniero inglés Lloyd y al sueco Falmark, para que explorasen el Istmo y propusiesen la vía más practicable. En la Sociedad Real de Londres presentó Lloyd los informes de sus trabajos, pero no obtuvo el apoyo necesario para realizar la obra soñada por el Libertador».

«Algún tiempo después (1835) el Congreso colombiano concedía al Barón de Thierry privilegio exclusivo para abrir un canal interoceánico por Panamá».

«Posteriormente hubo nuevas concesiones y proyectos, todos más o menos infructuosos, y numerosas comisiones científicas—las de Mc Dougal, Biddle, Garella y Courtines, Wilson y Cullen, Gibson, Trautwine, Lane y Porter, Collins y Lull—enviadas por Francia, Inglaterra o los Estados Unidos».

«El resultado de esas exploraciones, de las trascendentales que realizaron Wyse, Sosa, Reclus, Pouydesseau, Verbrugghe, Celler y Bixio (1876-1878) y de las verificadas en Tehuantepec y Nicaragua, fue sometido a un congreso internacional reunido en París en 1879, bajo la presidencia del Almirante Ronciere le Noury. Allí se congregaron 136 delegados, los más eminentes ingenieros del mundo, como Fernando de Lesseps, alma del Congreso, cuyo nombre aureolaba el Canal de Suez; Fabre, que abría entonces el túnel de San Gotardo; Dirks y Conrad, ligados a grandes empresas hidráulicas de Holanda; Selfridge, jefe de una comisión exploradora norteamericana; Eiffel, Wyse, Reclus, etc.»

«Representaba a Colombia en ese torneo, donde iban a decidirse la ruta y la clase de canal más convenientes o practicables, Pedro J. Sosa, ingeniero eminentísimo y avezado explorador panameño».

«Catorce fueron los proyectos presentados, diez con esclusas, a saber, uno por Tehuantepec, cuatro por el lago de Nicaragua, dos por el Choco, uno por el Darién y dos por Panamá; cuatro a nivel, de ellos uno por San Blas, uno por el Choco, otro por el Darién, entre Acanti y el Golfo de San Miguel, de Wyse, Reclus y Sosa; y el último por el Istmo, entre la Bahía de Limón y la de Panamá, con longitud de 75 kilómetros, presentado por los mismos Wyse, Reclus y Sosa».

«Tras largos debates aprobó el Congreso el proyecto de estos ilustres ingenieros para «la construcción de un canal interoceánico de nivel uniforme», «del Golfo de Limón a la Bahía de Panamá».

«Había triunfado para siempre la ruta del Istmo sobre todas las demás».

«Previendo este triunfo Bonaparte Wyse, secundado por el General Turr, Presidente de la «Sociedad Civil Internacional del Canal Interoceánico», había obtenido de Colombia, en 1878, el monopolio para la construcción de un canal al través del Istmo; y, una vez aprobada la vía de Panamá por el sufragio de la ciencia, hubo de traspasar su concesión a la «Compañía Universal del Canal Interoceánico», fundada y dirigida por Lesseps, modelo acabado, como Wyse, de energía moral, de constancia inquebrantable, de tenacidad en el ideal, de vida fervorosa y apostólica».

«Según el plan ideado, el canal había de concluirse en ocho años y tendría unos 70 kilómetros de longitud, 8 metros de profundidad, 22 de ancho en el fondo y 38 al nivel del agua».

«Conseguidos los primeros recursos, Lesseps salió de Saint-Nazaire el 6 de Diciembre de 1879 acompañado por Bonaparte Wyse, Dirks, Verbrugghe, Couvreux, Blanchet y Fontant, ingenieros civiles; Bioune, Gallay y Dauprat, secretarios».

«El 30 de Diciembre los recibía en Colón, una comisión oficial y una multitud entusiasmada y el 10 de Enero del año siguiente se efectuaba en la Boca de Río Grande, señalada también para boca del Canal, la inauguración, tan esperada, de los trabajos, que bendijo el Obispo y patrocinaron ciudadanos ilustres de Panamá y del extranjero».

«El 5 de Enero de 1881 salió de París la expedición que había de iniciar las obras gigantescas

del Canal. A su frente figuraban Reclus, Agente Superior de la Compañía, y Blanchet, Director de las obras y representante de los contratistas Couvreur y Hersent».

«Estos ingenieros comenzaron enseguida los estudios, exploraciones, trazados y demás trabajos preliminares, como la construcción de puertos para desembarque de materiales, talleres de montaje y reparaciones, almacenes de depósito, hospitales, habitaciones de empleados y obreros, etc.»

Los trabajos de la excavación misma empezaron el 21 de Enero de 1882».

«Continuaron éstos con heroico tesón al través de los inmensos obstáculos que oponía la naturaleza. Bosques, pantanos, rocas, inundaciones, terrenos movedizos, y, sobre todo, el mortífero clima, plagado con los gérmenes de la fiebre amarilla y la malaria. Más de 22.000 empleados y obreros, la mayor parte franceses y oriundos de Guadalupe y Martinica, murieron durante las excavaciones».

«Jules Dingler, Director de las obras de 1883 a 1886, trajo a Panamá su señora con dos hijos y regresó a Francia acompañada de tres féretros»...

«Ya en 1887 vióse que se había gastado mucho y adelantado poco, y se acordó cambiar el proyecto. Siguiendo entonces las ideas sostenidas en el Congreso de París por Godin de Lepinay, quedó resuelta la terminación del canal por el sistema de esclusas. Con esta base se reanudaron los trabajos, pero a pesar de la actividad desplegada, a fines de 1888, como consecuencia de una administración deficiente, la Compañía acordó suspender aquéllos».

«Disuelta luego esta Compañía, fue necesario organizar una «Compañía Nueva del Canal», que en 1894 emprendió otra vez los trabajos con nuevos estudios y bajo un severo plan de economías; pero, escasos los recursos allegados y ante el fantasma de un canal interoceánico por Nicaragua, que anunciaban los Estados Unidos, la Compañía, rendida definitivamente, entregó al Gobierno norteamericano la concesión, con los valiosos trabajos efectuados. Habíanse gastado hasta entonces sumas ingentes y excavado solo unos dos quintos del total calculado».

«Pero quedaba una gran brecha en el paso de Culebra, el formidable escollo, quedaban poderosas maquinarias y material abundante, más de 2000 edificios, y planos, exploraciones, una larga experiencia y un gran adelanto en la mecánica y la ingeniería, sin los cuales el canal no habría sido posible; y quedaba la línea del trazado, esculpida por el genio francés al precio inmensurable de sacrificios y amarguras sin cuento».

«¡El Canal se construirá!, había afirmado el Presidente Roosevelt; y vino luego a favorecer sus planes la independencia de Panamá, precipitada precisamente por el rechazo que hizo Colombia del tratado Herran-Hay del Canal, en el cual veían los panameños la redención económica y moral del Istmo».

«Entraron en seguida en acción Gorgas, con su maravillosa labor de saneamiento, y los Roosevelt, los Taft, los Goethals, los Gaillard, los Sibert, etc., etc.»

«Y la obra de ingeniería más portentosa que vieron los siglos, sueño secular de naciones audaces, se hizo y se abrió para el mundo el 15 de

agosto de 1914. Las fuerzas vivas del pueblo francés, genialidad innovadora, fe en el porvenir, confianza en la eficacia del esfuerzo, se incorporaron a la acción enérgica, idealismo dinámico, espíritu previsor y práctico del pueblo norteamericano y así fue posible la subordinación de la naturaleza rebelde a la voluntad sostenida de dos razas».

Méndez Pereira y su credo estético

«La tarea del escritor moderno—dice el Doctor Méndez Pereira—es descubrir un aspecto de la realidad que escapa al hombre medio». ¿Es esa tarea, la propia aspiración de nuestro escritor? En la forma de comprender un motivo o desenvolver un problema, es fácil advertir la creencia y la mayor o menor amplitud espiritual del crítico. Por eso sigámosle, pie a pie, en su apreciación del arte moderno. «La literatura nueva viene, pues, a hacernos conocer los aspectos de la realidad que ignorábamos o despreciábamos». El Doctor Méndez Pereira, al señalar esta característica, está conforme, seguramente, en que el arte debe todo al mérito de su contenido, al esfuerzo de originalidad que lo hizo emerger del fondo del alma. Pero, ¿no se aparta el crítico, en los párrafos siguientes, con objeto de analizar fríamente las consecuencias ideológicas de ese arte actual, en una actitud equidistante, de lo antiguo y lo nuevo? Veamos los párrafos mencionados: «Todo se afecta con este nuevo punto de vista que torna dinámico lo que antes era estático. La misma obra de arte, en vez de aparecérsenos como un objeto definido, de contornos netos, aparece ahora como un río en movimiento».

«Todas las artes están hoy penetradas de movimientos. La arquitectura misma se preocupa más de las necesidades provisorias de la humanidad

actual. La pintura no tiene ahora escenas fijas e inmóviles. Las líneas y los colores parecen desprovistos de una significación determinada.»

«El deseo de *perfección*—afirma en otra parte—ha sido destronado por el deseo de expresión.»

Si se observa cuidadosamente la ponderación del pensamiento y del estilo del Doctor Méndez Pereira, se reconoce al punto su doctrina estética. Conoce, a fondo, el arte moderno: su ruptura incontenida del límite; su ansiedad sin fronteras por lo original, por lo distinto; su odio a las rejas clásicas; a las retóricas colectivas e impersonales de las viejas escuelas. Y, no obstante,—su sobriedad de formas nos lo hace pensar—acepta de lo nuevo, el poder creador; la inquietud individual de lo bello; la sugerencia de los aspectos múltiples en las ideas y las imágenes sintéticas que las representan. Mas está muy lejos, el discreto y sagaz esteta que hay en él, de menospreciar las conquistas hechas por la ascendencia artística del mundo. De esta manera se explica el temor que siente por el arrivismo de las galopantes escuelas nuevas: «Este desprecio de la gloria—continúa afirmando—o de la inmortalidad, se ha traducido, en ciertos casos, por arrivismo, por ese deseo de llegar pronto que caracteriza a muchos jóvenes de nuestra generación».

No hay para qué hablar de la enorme cultura que en esta materia, como en otras muchas, posee el Doctor Méndez Pereira. No en vano es un bibliómano formidable de escogidos caminos; y, a más de eso, un viajero por los países más conspicuos del orbe.

En suma, el Doctor Méndez Pereira es, en estética, un observador sutil del mundo que la cultiva; un prudente crítico que acepta de la experiencia humana aquello que, en el vértigo mismo de las esencias y de las formas, conduce a un derrotero seguro. Es, la suya, la actitud que asumen los espíritus más prudentes y más concienzudos del siglo.

El cuadrante de sus motivos

Hemos empezado el estudio del Doctor Méndez mostrando su capacidad expresiva, en primer lugar, y luego los cánones de su estética. Réstanos ahora saber qué expresa con esa capacidad y qué logra definir, ya en el ejercicio de su pluma, con esos cánones. Nos referiremos, en primer lugar, a su posición ecuménica de escritor, capitalmente en materia política.

A su concepto, como para el de Paul Valéry, son *européos* «aquellos pueblos que han sufrido estas tres influencias: la influencia de Roma, modelo eterno del poder organizador»; «la influencia del cristianismo, que aporta una moral subjetiva e impone al mismo tiempo la unificación de la moral»; «la influencia de Grecia, que agrega a la inteligencia europea la fineza y la solidez de su saber». «El hombre europeo no se define, pues, por el suelo, ni por la raza, ni por la lengua, ni por las costumbres, sino por los deseos y por la amplitud de su voluntad. Busca en frase de Valéry que nos recuerda el Doctor Méndez Pereira, «el más intenso poder *emisivo* unido al más intenso poder *absorbente*».

No es posible dedicarse a la comprensión superior del hombre, sin definir al *européo*; sin conocer sus rumbos más hondos y más generales. Es decir, que desconocerlo equivale a considerarse por entero inepto en la apreciación de las vivencias

humanas. Se ve, por eso, la intención profunda del Doctor Méndez Pereira al empezar su libro «Fuerzas de Unificación», por caracterizar la figura histórica del poblador secular de Europa.

Después, en esta misma obra, que nos revela la ubicuidad política del Doctor y su rebeldía contra «las ideas al uso», aparecen títulos reveladores: «la inquietud europea y el nivel de la cultura»; «La paz del mundo»; «El problema de la cultura europea»; «El americanismo del Sur y el americanismo del Norte»; «Panamericanismo»; «El idealismo norteamericano»; «La eficiencia americana»; «Distribución e inspiración educativa del saber como tareas supremas»; «El aporte de América»; «El hombre y los estados de mañana»; «La Sociedad de Naciones»; «Las ideas políticas en Europa»; etc., etc.

No hay problema de política que no haya abordado con su don de síntesis, con su frase transparente, con su sobriedad, claridad y universalidad francesas.

Es panamericanista, rompiendo con la tradición política de quienes han luchado, incondicionalmente, contra la influencia de los Estados Unidos del Norte. Pero determinando su actitud altiva de hispanoamericano, desea relaciones fraternales entre el Norte y el Sur; y un acomodo creciente entre los intereses de ambas lenguas. Por nuestra parte creemos que la amenaza del Este y del Oeste obligarán, cada vez mejor, al Norte y al Sur, a ligarse respetándose; a entenderse, respaldándose en sus empresas y en sus peligros. Es decir que los ideales panamericanistas del Doctor Méndez Pereira tienen

un profundo sentido de realidad, que habremos de apreciar en su entera plenitud cuando los Estados Unidos comprendan definitivamente que *una alianza de igual a igual* entre ellos y nosotros, nos conducirá a un propósito de cultura superior y de respeto a los derechos humanos. Estamos, pues, de acuerdo con el ilustre panameño, porque sabemos que él acepta la fórmula de paz universal que envuelven estas palabras de comprensión humana que hemos defendido en alguna parte: «Asia para las razas de Asia; Europa para las razas de Europa; y América para las razas de América».

¿No se aprecia, por tanto, una amplitud sin linderos, en los ideales que postula el Doctor Méndez Pereira? Podremos no estar de acuerdo con algunos aspectos de sus ideas. Pero las líneas generales que impulsan a su corazón sereno y robusto, y a su cerebro nítido, son, precisamente, las que seguirán los más comprensivos espíritus de la nueva época revolucionada, en el más noble sentido, que ya se acerca a la realidad histórica.

El educador

Pertenece el Doctor Méndez Pereira a los grandes educadores de América que han logrado, después de un profundo análisis crítico de los motivos, una posición ideológica avanzada, pero a la vez ponderada en extremo. Véase, para demostrarlo, el siguiente párrafo: «Así, por ejemplo, el tópico de la enseñanza industrial y vocacional que ahora nos ocupa, es tan antiguo casi como la escuela de primeras letras y uno se maravilla de que siendo así, aun haya quienes lo anuncien como una gran novedad y aun más, de que todavía aquella enseñanza no haya alcanzado en muchos países que pasan por avanzados en materia educativa, todo el radio de acción que reclama su importancia.»

Sabe, por consiguiente, el origen y el sitio cronológico que corresponde a cada uno de los gestos históricos de la cultura en ésta como en otras materias. Le vemos aquí en su posición de crítico sereno y agudo, clasificando sus conocimientos y sus ideas propias con la claridad y la justeza que le son característicamente peculiares a su espíritu.

No hay para qué decir que comprende la escuela moderna como a una prolongación del medio en que actúa. Esta verdad ya tiene suficiente tiempo de haberse impuesto a los maestros de la cultura moderna. Pero lo interesante en el Doctor Méndez Pereira es su enorme empeño por llevar, a la práctica, esta doctrina humanizante de la cátedra.

Sus actividades en esta materia se han destacado desde todas sus posiciones pedagógicas: desde el Ministerio hasta el aula; desde ésta hasta la columna del periódico.

La fe que el medio en que trabaja tiene en sus conocimientos y en su vida, le han puesto en condiciones de trabajar por la socialización de la cultura escolar en Panamá.

Ha provocado cursos de carácter internacional, de verano, en la Universidad de Panamá. Ha intentado y logrado acercar el Istmo a los educadores más grandes de toda la América. Sabe, en virtud de su abierto cosmopolitismo, que el trato con los hombres eminentes de todas las naciones, conduce a la superación más real, más simpática, más eficaz de la teoría y de la práctica educativas.

No es el Doctor Méndez Pereira un profesor apegado a extraños elementos de cultura. El mismo elabora sus textos, acomoda sus métodos y aprovecha, en copiosos cambios, las lecciones rectificativas que le inspira la realidad.

Sería demasiado detallismo el que nos impulsara a explicar, una por una, las inquietudes que en el ramo de educación alienta este nobilísimo espíritu. Quede, pues, en forma sintética, explicado el impulso generoso y moderno que lo mueve a actuar, ya en la oficina; ora en la cátedra; o ya en la tribuna, más amplia todavía, del periódico, a la cual le destina muchos de sus mejores momentos de inspiración pedagógica.

A pesar de este deseo sintético que nos mueve a reprimir nuestras ansias de exposición, hemos de

agregar, al pie de este capítulo, algunos párrafos de orientación pedagógica que indican claramente la elevación de cultura que inspira los actos del Doctor Méndez Pereira:

«Para mí el verdadero secreto de la educación no es algo que pueda expresarse por reglas didácticas, ni siquiera algo que se pueda enseñar o aprender, sino que se funda en el valor moral de la personalidad del educador. Obtener la supremacía de éste y conservar su frescura, viveza y carácter juvenil, he ahí lo esencial y también lo más difícil, desde luego».

«Para quien haya alguna vez sondeado el porvenir buscando el objetivo grande y humano de nuestra nacionalidad, para quien haya sentido aletear en el fondo obscuro de la conciencia el temor de lo que será nuestra Patria dentro de un siglo, qué importancia adquiere entonces la obra del maestro!»

«Los pueblos libres hacen del adelanto de las escuelas su principal preocupación y saben respetar y apreciar la labor redentora del educador».

«La función de educar es obra de renunciamiento y de altruismo, de bondad y de abnegación sin límites».

«Cada idea nueva, cada error que se corrige, cada bien que se siembra, llevan en sí una partícula del alma del maestro y son como un alumbramiento y una epifanía».

«Sólo el educador que tiene un alto ideal de su misión, con ideas claras, liberales y precisas de la vida humana, sólo un hombre que sabe y puede llevar su saber a la práctica, puede guiar a la juventud por los caminos éticos».

«Enseñar a un hombre a pensar y a obrar por sí mismo, es equiparlo al propio tiempo para los negocios, es prepararlo para actuar con buen éxito en la vida».

«Sólo la cultura bien orientada y dirigida puede despertar en nosotros la conciencia plena de nuestros derechos y deberes».

«La educación que una nación da a sus hijos debe ser la más clara expresión de su carácter y el mejor compendio de sus normas de vida».

«La población, la masa anónima, no puede ser elemento de progreso sino cuando posee un elevado coeficiente de moral, de energía, de trabajo y cooperación, factores donde puede hallarse la única concepción justa de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad de la ciudadanía por el reconocimiento del aporte humano de acción a la obra humana del progreso individual y colectivo».

«Es necesario fomentar la educación como el principal medio de resolver todos los problemas nacionales».

«Es necesario convertir el saber en instrumento de dignificación y de bienestar, de progreso y de mejoramiento de la raza».

«La sociedad tiende a estratificarse y la escuela es la gran agencia modificadora».

«La tarea de la educación debe constituir, sobre todo en una democracia pobre e incipiente como la nuestra, en desarrollar aspiraciones, en crear necesidades y libertar las inteligencias de la esclavitud, la miseria y la vulgaridad».

«Adquirir poderes y habilidades espirituales, mo-

rales y manuales, vale más, sin duda, para la felicidad y las necesidades del hombre en la tierra, que acumular conocimientos.»

«Mantener en nuestra población una masa analfabeta que constituye el sesenta por ciento de aquella masa pasiva, semi-bárbara, resignada a su situación carneril, es un suicidio colectivo, premeditado y cobarde; pero enseñar el alfabeto sin educar al propio tiempo al pueblo económicamente y orientarlo hacia la agricultura, el industrialismo, el trabajo, sin abrir al desarrollo del país ancho cauce para el curso de las energías nacionales, es un peligro para la sociedad, para la democracia y para la patria.»

«El objeto de la educación no puede consistir en perpetuar la existencia de clases sociales, sino en suprimir la condición que hace de la cultura un privilegio odioso».

«En las naciones débiles y pequeñas sobre las cuales se ciernen los nubarrones del imperialismo de los fuertes, cultura general, ciencia e investigación significan, más que en ninguna otra, autonomía, personalidad y liberación efectivas.»

«Ser fuerte, es tener una razón para vivir, dar una orientación benéfica a toda la existencia, un motivo y un resorte rectos a todos los actos, llegar a ser todo aquello de que somos capaces, poder decir al final de la jornada, llenos de filosófico orgullo como Renán: «¡He cincelado mi vida como una obra de arte!»

Visión del conjunto

Bibliografía

En el Doctor Méndez Pereira se realiza el hombre de medio cosmopolita, capaz de pensar, sentir y querer, con la multiplicidad innumerable de motivos y propósitos de la época. Es el producto de un medio alambicado, vértiginoso y profundo. Su escenario: el mundo conocido. ¿No basta conocer a Europa y América para abarcar todas las inquietudes del alma moderna? Pues él ha sido y seguirá siendo un incansable Ulises; un incontenido viajero, por los mundos externos e internos. ¿No ha sido político, administrador, sociólogo, diplomático, educador, historiador y literato?

Por tanto, su vida es un ejemplo para la juventud que orienta desde la cátedra universitaria y desde la tribuna periodística. Es, pues, consecuente con su credo, elevándolo a la categoría de acción ininterrumpida. Todo cuanto es en él idea—el pensador,—se torna en imagen; todo cuanto es visión imaginativa en su alma, en móvil rápido y seguro de la conducta que le mueve a la conferencia, al periódico, a la cátedra.

Puede afirmarse, de este modo, que sabe porque siente y vive, de pleno, lo que conoce; y que vive, con toda amplitud, porque sus actos tienen un antecedente vastísimo en su cultura y en sus actitudes contemplativas. Ha recorrido todas las esferas del

saber, del análisis, de la conciencia. De otra suerte no habría cristalizado tal obra; ni alcanzado el renombre que tiene; ni elevado el ideal de sus deseos a la trascendencia literaria que ameritan sus obras. Pero, a más de todo ello, el medio le retribuye con admiración, con aplauso continuo, su esfuerzo de artista, de educador, de pensador. Se le ha condecorado en los centros académicos más prestigiados de Europa y América. No alcanzan las paredes de su cuarto de estudio, para colgar tanto diploma, tanta constancia de reconocimiento a su capacidad de trabajo y a su vocación por todo lo hondo, lo noble y lo bello. Une, a su mérito, la felicidad de hacerlo reconocer por las autoridades más dignas de hacerlo. Ha triunfado, por eso, doblemente: ante sí mismo y ante los jueces. ¿De cuántos escritores americanos es posible decir esto? El Doctor Méndez Pereira vive, dichosamente, para su tiempo y para la posteridad. Y, ¿quién lo merece mejor que él, después de todo, en muchas comarcas de América?

Vea cuidadosamente el lector su bibliografía para que se entere de la copiosa actividad en que ha estado envuelta siempre su pluma. Y envidie en las páginas de sus libros, hechas piedra y hechas carne, el soplo del fuego que no alcanza a apagarse.

Higiene del Estudiante.

Significado peyorativo de algunos nombres.

Elementos de Instrucción Cívica (en colaboración).

Historia de la Instrucción Pública en Panamá.

Cervantes y el Quijote Apócrifo.

Parnaso Panameño.

Ejercicios de Lenguaje y Gramática Elemental.
Justo Arosemena (premiada).
Notas y Bocetos.
Dante.
Historia de la Literatura Española (en colaboración).
El Canal de Panamá (premiada y grabada en piedra).
En el Surco.
Ensayo de Semántica.
El arte de estudiar y el arte de leer.
Memoria de Instrucción Pública (1924).
Memoria de Instrucción Pública (1926).
Emociones y Evocaciones.
Fuerzas de Unificación.
Instituciones políticas de Inglaterra.
El Tesoro del Dabaibe.
Leonardo de Vinci.
Breve Historia de Iberoamérica.
El libro de los elogios (inédita).
Gesta e Incendio (inédita).

La obra monumental del Doctor Méndez Pereira en Panamá

El egregio panameño no ha dilapidado su tiempo en el ejercicio del Ministerio de Instrucción Pública del Istmo. Ha sabido aprovechar el poder para un destacadísimo beneficio de la República. ¿Qué no ha realizado este espíritu batallador e inquieto en esa Cartera?

Reproduzcamos un artículo del Profesor E. J. Castellero, Presidente de la Asociación de Maestros de Panamá, en cuyas líneas se presenta la síntesis de su enorme labor educativa:

«LA PERSONALIDAD DEL MAESTRO

«Retorna a las playas patrias, llamado por el Jefe del Estado en hora difícil y como solución a problemas de administración interna, el Dr. Octavio Méndez Pereira, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de Francia e Inglaterra, y Delegado de la República a la Liga de las Naciones, quien viene a encargarse de la Cartera de Instrucción Pública».

«No es la primera vez que el Dr. Méndez Pereira es honrado con esta distinción. Ya en años pasados y en situación semejante, fue seleccionado para el delicado cargo que hoy viene a desempeñar y del

cual se separó en 1927 para marchar a Europa investido de la más alta representación nacional a abreviar su espíritu,—insaciable intelectual,— en las fuentes más autorizadas de la cultura europea. La Sorbona y Cambridge en donde amplió sus conocimientos y ganó nuevos y merecidos lauros».

«El recuerdo de su paso por la Secretaría de Instrucción Pública en el término de tres años que la tuvo a su cargo, fue señalado por una serie de inolvidables obras e iniciativas con las cuales dió mayor impulso a la enseñanza. Si el Dr. Méndez Pereira no tuviera en su vida pública otros méritos que los que refleja en su personalidad conspícua, su programa de acción en aquel lapso, ellos solos bastarían para demostrar el acierto del Excelentísimo señor Presidente de la República, en llamarlo para poner nuevamente en sus manos la dirección del ramo más delicado de la administración».

«Sintetizando la enumeración de su labor en aquel trienio, se la puede exponer así: llevó a cabo la revisión, por medio de Comisiones competentes, de los Planes y Programas de enseñanza primaria, secundaria y profesional, según las exigencias de la pedagogía moderna; a él se debe la reforma del sistema de inspección de la labor del maestro, de acuerdo con una apreciación más amplia y humana que tiende a constituir a los Inspectores, en mentores en lugar de jueces; la difusión de los Jardines de la Infancia como medios de preparación del niño que ha de ser parte de la colectividad escolar primaria; el establecimiento en las cabeceras de Distritos Escolares de las bibliotecas con el propósito

de estimular el hábito de la lectura y elevar así el nivel intelectual de la comunidad; la institución del Día del Libro para surtir las bibliotecas con donativos del público, y de los Cursos de Economía Doméstica en las importantes escuelas del país para preparar en sus funciones de amas de casa a la mujer panameña; la reorganización de la Escuela Profesional de Mujeres, centro de actividades femeninas, que es uno de los primeros establecimientos educacionales de Panamá y honra del ramo de enseñanza por su buena orientación y los óptimos frutos que rinde a la patria por medio de la inmejorable educación que imparte en sus aulas y talleres; de las Facultades de Agrimensura, Derecho y Ciencias Sociales y de los Cursos de Verano que tuvieron como objetivo estimular la afición al estudio, de los maestros; la fundación de las Escuelas Normales Rurales y Granjas Agrícolas de David y Aguadulce para la preparación eficiente del magisterio rural, a base de un conocimiento racional teórico-práctico de la agricultura; la inauguración del Museo de Arqueología e Historia, concepción suya y orgullo de Panamá; el establecimiento del Fondo de Recompensa mediante el cual se garantiza el provecho económico al maestro que enferma en el servicio y se indemniza a los deudos del que muere en ejercicio de sus funciones, algunos meses de sueldo como auxilio mortuario. El creó las becas de perfeccionamiento en el exterior, tan útiles a la juventud estudiosa que se gradúa en los colegios profesionales; estimuló el periodismo escolar en toda la República y ordenó una revisión y complementación de la Calificación Escolar».

«Suya es la Ley 41 de 1924 que significa un positivo mejoramiento económico para el personal docente y reconoce a su favor amplias concesiones de índole moral, como la que dispone la contratación de un empréstito de un millón de balboas para edificaciones escolares; la iniciativa de la construcción del Estadio Nacional, hoy felizmente ejecutada, lo mismo que la exaltación de la memoria del fundador de la instrucción pública nacional, Don Manuel José Hurtado, y del heroico indígena Urraca, quien con su indomable coraje dejó una página de glorias en la historia colonial, por medio de sus estatuas en el vestíbulo del Instituto y en el parque de Bella Vista respectivamente. Fue él también de los organizadores de la Junta que hizo construir el monumento al inclito General Tomás Huerrera, comprometiendo su crédito personal; y, por último, como culminación de tanta ideología y de obras tan generosas en beneficio del país, fomentó la instauración de la Universidad Bolivariana,—transitoriamente aplazada,—cuyo primer edificio de la facultad de Medicina dejó construido, hermosa concepción que personalmente inició en el Tercer Congreso Científico de Lima y que amplió con decisión dándole una organización definitiva en el Congreso Bolivariano de Panamá, del cual fue alma y entusiasta fomentador.

«El Dr. Méndez Pereira ha hecho una de las carreras públicas más brillantes de nuestro país. Dirigió, muy joven aún y pedido por una representación conspicua de la intelectualidad istmeña, nuestro principal plantel, el Instituto Nacional, y a más de la doble representación que acaba de renunciar de Dele-

gado—por segunda vez—a la Liga de las Naciones y de Plenipotenciario en Europa, tuvo otros Ministerios y otras Delegaciones ante gobiernos y Congresos de Sur América».

«La Asociación de Maestros que se desarrolló en el período de su dirección, del ramo de instrucción pública, tuvo siempre en él un sincero amigo y un generoso protector. Por eso, como porque reconoce en su capacidad intelectual y en su fervor por la causa de la enseñanza al servidor competente de la escuela y al maestro de vocación, le nombra en solemne acto de una Asamblea General del Magisterio Nacional, MAESTRO DE LA JUVENTUD PANAMEÑA».

«El Doctor Méndez Pereira puede ostentar con propiedad y justicia el honroso título, pues su labor docente y su actividad administrativa, como su cultura, corresponden al concepto elevado que el magisterio y público panameños se han formado de él».

«La Asociación de Maestros de la República saluda al MAESTRO DE LA JUVENTUD, su Presidente Honorario, y hace votos porque su presencia en la Cartera de Instrucción Pública sea nuevamente señalada por visibles beneficios para el Ramo como para la Patria».

Datos biográficos

Seguimos creyendo, con Sainte Beuve, que la vida del autor explica, al menos en su mayor y su mejor parte, las características de su obra. En el siglo pasado pareció olvidarse en América este principio de la crítica psicológica del autor de «Los Lunes». Los escritores bohemios se multiplicaron, incontablemente, en todas las capitales del Continente americano. De esta suerte llegó a creerse que la limpieza en los actos personales, nada tenía que ver con el resultado de la poesía o del pensamiento de los escritores. Hubo, naturalmente, nobilísimas excepciones, como la de don Andrés Bello, la de Sarmiento, la de Montalvo; y ya, en épocas más recientes, la de Martí, el héroe moral; y la de Rodó, el héroe del gabinete.

Aunque en oportunidades es muy difícil encontrar tipos que no tengan solución de continuidad, al menos en apariencia, entre su vida y su obra, es posible afirmar que todos deseamos al artista, al modo de Göethe o de Beethoven. El sentido de un verdadero perfeccionamiento espiritual nos conduce a la suprema aspiración ética de los valores humanos.

En la vida del Dr. Méndez Pereira se observan los lineamientos de este deseo de superación integral que abarca su vida y su obra multiformes. Es, por tanto, como se afirma en Panamá, un maestro de

juventudes en el mayor número de aspectos posible. Escribamos ahora sus datos biográficos con objeto de que el lector aprecie estas características intelectuales y morales del educador, el escritor, el diplomático y el sociólogo:

Dice uno de sus biógrafos: «A corta distancia del llano y promontorio que sirvieron de teatro al histórico Sitio de Aguadulce en 1902,—y en la época regeneradora del Dr. Rafael Núñez—, nació Octavio el día 30 de Agosto de 1887.»

Sigámoslo ahora, dejando a un lado el paréntesis de su niñez, desde el momento en que se graduó *Maestro* en la Escuela Normal en el año de 1907. Luego le nombran profesor en la «Escuela de Comercio e Idiomas de Panamá», hoy Escuela de Artes y Oficios. Y es en 1908 cuando el señor Secretario de Instrucción Pública don Melchor Laso de la Vega le otorga una beca para seguir estudios profesionales en Chile, donde obtiene el grado de *Profesor de Estado* de la Universidad de Santiago. En 1911 fue delegado al Congreso Estudiantil de Lima, donde fué nombrado Presidente de las asambleas realizadas.

De regreso a la patria se le nombró Profesor de Castellano en el Instituto Nacional, fundado por el Doctor Eusebio A. Morales en 1909, durante la administración del señor Presidente don José Domingo de Obaldía y terminado por el Presidente Doctor Pablo Arosemena. A la vez explicaba la lengua en la Escuela Normal de Señoritas.

Por Decreto No. 78 de 7 de Junio de 1918, se le nombra—administración del Doctor Ciro A. Urrutia—Subsecretario en el Ramo de Instrucción Pública.

En noviembre del mismo año, ya en época del Doctor Belisario Porras, el Secretario de Instrucción Licenciado Jephtha B. Duncan, le nombra Rector del Instituto Nacional.

Por Decreto No. 69 del año 1923, le nombra Secretario de Instrucción Pública el Doctor Porras. Desde esta posición apoya a la Asociación de Maestros de la República y establece la Ley Orgánica de Educación Pública que rige actualmente y se destaca por la amplitud liberal de sus perspectivas. Asimismo dió paso a un ensayo de coeducación cuyos resultados le hicieron rectificar ideas pedagógicas en ese sentido. Dió gran realce a los deportes e hizo adquirir los terrenos adyacentes al Instituto para juegos gimnásticos. Y al punto estableció la Federación Nacional Deportiva. Gracias a sus esfuerzos hubo de construirse poco tiempo después el Estadio Nacional. Fundó la actual Escuela Profesional de Mujeres. Estableció cursos especiales de Economía Doméstica en las principales escuelas del país; las escuelas Normales y Rurales; primeros años normales en el interior; la Escuela Modelo de Las Tablas, hoy denominada «Escuela Presidente Porras»; el Día del Maestro y el Día del Libro; fundó bibliotecas y periódicos escolares; el *Museo Etnológico e Histórico*. Fue el creador de las Becas de Perfeccionamiento, que trasladó a Estados Unidos del Norte y a Europa a muchos jóvenes en busca de ambientes más eficaces de preparación.

Diplomático.—Misión a Chile en 1921; en 1925 fue con don Narciso Garay a Cuba, en calidad de Embajador Especial a la toma de posesión del mando

del General Machado; en 1926 a Europa en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de Inglaterra y Francia. Dos veces Delegado ante la Liga de las Naciones—1927 y 1930.—Y fue Delegado a la Conferencia Internacional del Trabajo.

Distinciones académicas.—Entre otras: Miembro de la Sociedad Científica de Chile, del Ateneo de Guatemala, de la Unión Iberoamericana de Madrid; Doctor «*honoris causa*» de la Facultad Nacional de Derecho y Ciencias Políticas de Panamá; Doctor «*honoris causa*» de la Facultad de Historia y de Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos de Lima; Oficial de la Academia de Francia; Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Sociedad de Artes y Letras de La Habana; Miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua; y Correspondiente de la Academia de la Historia de Caracas, etc., etc.

Otras distinciones.—Comendador con placa de la Real y Distinguida Orden de Carlos III; Oficial de la Legión de Honor; Gran Cordón del Libertador; Oficial de la Orden del Sol de Perú; Medalla del Mérito de Primera Clase del Ecuador; Medalla del Mérito de Primera Clase de Chile; y Medalla de Instrucción Pública de Venezuela.